



DOSSIER

*Emilio Vaschetto**

*De la intemperancia
y la ley de hierro
(Apuntes de investigación)*

Resumen

En el presente trabajo abordamos el fenómeno de “evaporación” del padre, en cuyas cicatrices pueden hallarse los efectos de una segregación ramificada en una época en la que el *Otro que no existe*, ha perimido, desapareció, se diluyó su dominancia para dar paso a: *un Otro que existe*. El problema clínico que esto conlleva es, de algún modo, el esfuerzo por tratar de desgajar, de desprender de este tiempo las consecuencias prácticas en el acercamiento con sujetos donde pueden verificarse los efectos de esta dimisión paterna. Este panorama nos lleva a plantearnos ¿qué estatuto posee el sufrimiento psíquico hoy?

Y en este sentido retomamos la perspectiva de Lacan del seminario 21: el ser *nombrado para*, el nudo social y el orden de hierro impuesto por el deseo materno nos permite las aproximaciones teóricas para entender sujetos que, sin padecer los efectos clínicos de la forclusión, sin embargo sufren una catástrofe vital.

Palabras claves: nombre del padre | comunidades de goce | subjetividades marginales

Abstract

In the present work we address the phenomenon of "evaporation" of the father in whose scars the effects of a branched segregation can be found in a time in which

*Universidad de Buenos Aires | emilio.vaschetto@gmail.com



another that does not exist has permeated, disappeared, its dominance was diluted to give way to: an Other that exists. The clinical problem that this entails is, in some way, the effort to try to detach, to detach from this time the practical consequences in the approach with subjects where the effects of this paternal resignation can be verified. This panorama leads us to ask ourselves, what status does psychic suffering have today? And in this sense we return to Lacan's perspective from Seminar 21: being named for, the social knot and the iron order imposed by maternal desire allows us theoretical approaches to understand subjects that, without suffering the clinical effects of foreclosure, however they suffer a vital catastrophe.

Keywords: father's name | communities of enjoyment | marginal subjectivities

Esplendor y carencia paterna

Hay hechos clínicos que devienen de modos radicales de rechazo. Las alucinaciones, los delirios, los actos inmotivados, los fenómenos de fragmentación del cuerpo son efecto de eso que Lacan llamó “forclusión” (*Verwerfung*). Hay un rechazo primordial de un significante que es aquel que viene a ordenar el resto de la cadena de palabras. Ese significante llamado Nombre del Padre, es un orden, o más bien es el emblema del orden tradicional representado por el mito del Edipo como ingreso al campo de la cultura. Las formas admitidas de la tradición, de autoridad y de respeto son solidarias de este orden. En Sigmund Freud aquello está metaforizado en el término “filogenia” en donde los muertos se transforman en la pesadilla de los vivos. Asimismo, con indisimulada belleza leemos en el poema de Borges titulado *Al hijo* esta versión de la herencia:

No soy yo quien te engendra. Son los muertos.

Son mi padre, su padre y sus mayores;

Son los que un largo dédalo de amores

Trazaron desde Adán y lo desiertos



De Caín y de Abel, en una aurora
Tan antigua que ya es mitología.
Y llegan, sangre y médula, a este día
Del porvenir, en que te engendro ahora.
Siento su multitud. Somos nosotros
Y, entre nosotros, tú y los venideros
Hijos que has de engendrar. Los postrimeros
Y los del rojo Adán. Soy esos otros,
También. La eternidad está en las cosas
Del tiempo, que son formas presurosas.

Cuando ese fundamento está forcluido, rechazado, aparecen los estragos que la clínica de la psicosis muy bien ilustra. La ausencia del Nombre del Padre empuja al sujeto psicótico a buscarse una nueva genealogía. Y de allí que en los inicios de la psicosis clínicas muchos busquen darse un nombre con figuras ideales provenientes de héroes, mitos o figuras destiladas por la historia. Napoleón, San Martín, Jesucristo, María, Juana de Arco, desfilan en los delirios genealógicos de los locos tradicionales. No obstante, el esplendor del padre debe ser puesto en consideración junto a la declinación de su propia función. Anunciado tempranamente por Lacan en su texto sobre *La familia* (1938) nunca dejó de pendular entre el vigor simbólico de su función y su propia carencia en el plano social: “Al menos en una estructura social como la nuestra, el padre es siempre, en algún aspecto, un padre discordante en relación a su función, un padre carente, un padre humillado, como diría Claudel.” (Lacan, 1996, pp. 56). Digo esto, pues desde algunas usinas de los estudios culturales se critica al psicoanálisis por la exaltación del Edipo y de lo que se ha dado en llamar “la solución paterna” por estar fuera de sintonía con las “nuevas formas de paternidad y parentalidad”. Sin embargo, Jacques Lacan luego de anunciar la caída del relato trágico, describió en el año 68’ un fenómeno de “evaporación” del padre en cuyas cicatrices pueden hallarse los efectos de una segregación ramificada. Ahora bien, los efectos de la llamada hipermodernidad están modulados sobre esta evanescencia de la función paterna y se manifiesta en manifestaciones más o menos



caprichosas de poder. Si contábamos históricamente con un orden encarnado por un Padre –habiendo hecho la salvedad de su contrapunto carente– al modo de la religión como figura prevalente de autoridad, en la modernidad advertimos su ausencia e incluso su tachadura. Ciertamente, Jacques Lacan habló de la inexistencia del Otro, en un momento en el que las alabanzas al Padre proliferaban en los ámbitos psicoanalíticos.

Luego exhortó a ir más allá del padre, “prescindir del Nombre del Padre” a condición de poder servirse de él. Finalmente, podemos completar la serie ubicando junto al Otro clásico y el Otro que no existe, *un Otro que existe**. ¿Qué significa esta figura? Jacques-Alain Miller advierte que ese *Otro que existe* no es un lugar de respeto ni de referencia sino que ese Otro está encarnado en una figura que denomina como “bravado” o bravucón. Podemos decir que no es alguien a quien se le adjudica un carisma particular, sino más bien se trata del ascenso de un líder caprichoso o incluso –según las modalidades que hemos elaborado junto a Jorge Faraoni– de estereotipos payasescos o autísticos. Exaltación de figuras desprovistas de autoridad y, por consiguiente, preñadas de autoritarismo**. Individuos desconectados de la masa (lo cual no quiere decir sin aval de las mayorías), en el sentido de que no reflejan –en muchos casos– el pensamiento de sus propios adeptos quienes, por otra parte, suelen identificarse a algunos de sus rasgos más violentos o disruptivos.

El problema clínico

Lo que llamo el problema clínico es, de algún modo, el esfuerzo por tratar de desgajar, de desprender de este tiempo las consecuencias prácticas en el acercamiento con sujetos donde pueden verificarse los efectos de esta dimisión paterna. Sin embargo, difícilmente podríamos acceder a ellos si utilizamos la grilla estructural (neurosis, psicosis, perversión) o la psicopatología de manual –a menos

* Estos tópicos han sido desarrollados en detalle junto a mi colega Jorge Faraoni en al menos tres artículos: “*Lo heterogéneo*”, en Rotstein, J. *Estudios sobre lo real en Lacan*, Barcelona, Xoroi, 2020; “Una civilización sin dios” recuperado de: <http://matpsil.com/revista-lapso/portfolio-items/vaschetto-y-faraoni-una-civilizacion-sin-dios/> y “Subjetividades” recuperado de: <http://lalibertaddepluma.org/jorge-faraoni-y-emilio-vaschetto-subjetividades/>.

** Recuerdo la acertada idea de Kojève de que en la verdadera autoridad es capaz de generar un cambio de conducta en el otro sin tener que por ello modificar su propio carácter.



que hagamos entrar uno por uno en el lecho de Procusto de las clasificaciones conocidas.

En la instancia clásica de esplendor del orden simbólico, el Otro como sede del código fue también el efector tácito de las interdicciones. Oráculo y prohibición, ideal y tormento a la vez, éste delimitó los contornos de una clínica en donde el practicante supo orientarse con una mayor fiabilidad. Las figuras clínicas de la transgresión o del exceso fueron reorientadas hacia un modo de continencia o dique. Represión y retorno de lo reprimido, falta y castración son aquí congruentes con las grietas generadas dentro de las cuales se abisma cualquier ilusión homeostática. El punto de llegada, conceptualizado como una roca viva y centrado en la castración como uno de los nombres de lo imposible configuró la orientación ética del psicoanálisis, tema dejado en adarajas y retomado con vigor por Jacques Lacan a propósito del final de análisis. No obstante, las vicisitudes, los avatares pulsionales a lo largo de la vida (fijaciones, traumas, acontecimientos del cuerpo) van a manifestarse en cada sujeto conforme habiten un determinado Otro de la civilización. De tal manera que, si nos situamos en la época freudiana vemos cómo la dominación de una moral sexual victoriana y su marco particular de prohibiciones, hacen que toda transgresión genere una agitación en el amo médico quien, a su vez, oficia de regulador o de árbitro para operar, ya sea en el orden individual o institucional, en su continencia.

La tendencia a la evacuación

El ascenso del plus de gozar al cénit de la civilización, del objeto *a* –en su carácter de gadget– en la posmodernidad puso una barra sobre el Otro y promovió satisfacciones sin dilación las cuales, lejos de volverse deseables, se volvieron obligatorias. El superyó en su carácter anfibológico desplazó su faz interdictora hacia el imperativo de gozar. La postergación se transformó en inmediatez y lo prohibido en necesario. Al mismo tiempo, esta licuefacción del goce admitió una regulación, pero ésta no se efectuó a través de la autoridad ni del orden tradicional, sino que surgió de modo transversal. Son las llamadas –paradójicamente– “comunidades de goce”. Narcóticos, alcohólicos, adictos al sexo, etc... todos aglutinados de forma anónima alrededor de un significante amo, en un enjambre, sin liderazgo. El matema es ilustrado con simplicidad por Jacques Lacan como *S1*, esto significa que hay un significante que comanda las identificaciones de múltiples sujetos los cuales encuentran así un freno



a la errancia.

Esta figura del Otro que ilustré, del Otro tachado, en una época del *Otro que no existe*, ha perimido. Con esto no quiero decir exactamente que desapareció, sino que se diluyó su dominancia para dar paso a lo ya mencionado: *un Otro que existe*.

Patologías “actuales”

Me he preguntado una y otra vez de qué se tratan las patologías actuales. Lo que llamamos –por ejemplo– psicosis actuales o incluso neurosis actuales. ¿Qué estatuto posee el sufrimiento psíquico hoy? Quizás una respuesta posible sea que la novedad es lo difuso. Las propias transformaciones antropológicas definen un universo heterogéneo en cuanto a la sintomatología lo cual implica a todas las praxis clínicas en su conjunto:

El terapeuta se enfrenta entonces con una demanda a la que ya no corresponde una unidad semántica clara y distinta, un requerimiento que sobrepasa el estricto marco universitario de reparación y para la cual el tratamiento se revela a menudo impotente. (Laplantine, 1999, p. 319)

La brújula, el gnomon, el eje organizador de las categorías y los tipos clínicos, como anuncié, están en efecto puesto en cuestión. Es una de las maneras de hablar de la “evaporación del padre”, pero al mismo tiempo, enunciar que si la norma (*nor-male*, dirá Lacan en *L’etourdit* -1972-, jugando homofónicamente entre norma macho y norma mala) está subvertida, si el patrón está esmerilado resulta una tarea reñida el pensar en términos de enfermedad, de trastornos o de psicopatología. Quizá sea entonces más oportuno hablar de “subjetividades marginales”.

En este tiempo de mutaciones donde es evidente que las coordenadas del Otro y sus condiciones de humanidad han ido variando, la dimensión de sujeto del inconsciente también se ha transformado. Pues si es que consideramos que el inconsciente no posee un estatuto óntico sino ético, la noción de sujeto que es correlativa de éste también ha mutado. Podemos todavía ir más allá y decir que en muchos casos lo que observamos (escuchamos) son manifestaciones palmarias del rechazo del inconsciente con una consecuente revocatoria del sujeto del significante. ¿Esto hace inviable el psicoanálisis? ¿Esto anula la posibilidad de la experiencia analítica?



Decir revocatoria del sujeto del inconsciente, rechazo del inconsciente no es decir rechazo del psicoanálisis. La respuesta podemos encontrarla en Lacan mismo, cuando define que “el psicoanalista forma parte del concepto de inconsciente”, instaurando las condiciones de operatividad del psicoanálisis. ¿Y si hay rechazo? Pues también incluimos al analista formando parte del *rechazo del concepto* (Lacan, 1984, pp. 26-27).

En este sentido, el sujeto moderno no es el de la tragedia, no es el del Edipo ni tampoco el sujeto enfermo; es el portador de una pregunta –dice François Regnault– o más aun, es aquél que se encuentra en estado de sufrimiento respecto a las normas. No es algo en absoluto novedoso. Ya Lacan en el *Seminario 3* (1955-1956), al hablar de las identificaciones conformistas en las psicosis, hace extensivo esto a la forma precaria y limitada en la que se sostiene “el mundillo de los hombrecitos solitarios de la multitud moderna” (Lacan , 1993, pp. 289). Pues bien, se trata de eso, de un interrogante no clínico sino más bien “posclínico”: cuál es el soporte, el nudo para cada ser hablante.

Una “degeneración catastrófica”

El “*ser nombrado para*”, es una formulación que Lacan esboza en el seminario 21 “*Les non dupes errent*” y que ha sido fruto de numerosas elaboraciones.

Ser nombrado para algo, he aquí lo que despunta en un orden que es efectivamente sustituir al Nombre del Padre. Salvo que aquí, la madre se basta por sí sola para designar su proyecto, para efectuar su trazado, para indicar su camino (...) es sin embargo ella, ella, su deseo, lo que señala a su crío ese proyecto que se expresa por el nombrar para. Ser nombrado para algo, he aquí lo que, para nosotros, *en el punto de la historia en que nos hallamos*, se ve preferir –quiero decir efectivamente preferir, pasar antes- *lo que se sustituye al Nombre del Padre*.

Es bien extraño que *aquí lo social tome un predominio de nudo*, y que literalmente *produzca la trama de tantas existencias*: él detenta ese poder del



“*nombrar para*” al punto de que después de todo, se restituye con ello un orden, un orden que es de hierro; ¿qué designa esa huella como retorno del Nombre del Padre en lo real, en tanto que precisamente el Nombre del Padre está *verworfen*, forcluido, rechazado?; y si a ese título designa esa forclusión de la que dije que es principio de la locura misma, ¿acaso ese “nombrar para” no es el *signo de una degeneración catastrófica*. (Clase 19/3/1974)

Veamos detenidamente lo siguiente. Lacan sitúa en los efectos de la forclusión paterna una “degeneración catastrófica” y, al mismo tiempo, articula una solución, una respuesta. Dicha solución es atribuida a un nudo, el *ser nombrado para* como un modo de mantener unidos los registros imaginario, simbólico y real. Claro que este modo de existencia, esta forma de la trama, introduce un sujeto que no es de deseo sino de goce –según la expresión de Lacan del año 66’–; una fórmula con la cual el superyó moderno monopoliza ciertas subjetividades. Mientras el Nombre del Padre introduce un orden simbólico –cifrando el enigma del deseo materno e introduciendo una ley más o menos zigzagueante–, el *ser nombrado para* comporta un orden rígido e inflexible que, si bien evita la errancia, no logra instaurar el deseo ni el amor. Es, de hecho, “un orden sin amor” –como bien lo califica la acertada observación de Juan Carlos Indart-. Esta dirección inflexible, este deseo de la madre congelado en un proyecto, genera un nuevo tipo de ser hablante, un no incauto.

Difícil es entonces eludir esta interpelación de Jacques Lacan en lo que concierne a nuestra historia hoy. Hay hechos que demuestran palmariamente que existen cada vez incontadas personas cuyo proyecto está inmerso en formas anónimas de destino. Los términos, más o menos peyorativos, injuriantes o estigmatizantes –pero siempre imperativos– han tomado en lo social el estatuto de nudo (drogón, puto, paquero, negro, marginal...). Transitan un camino, tejen una *trama* pero sin historia, entendiendo ésta como el desarrollo dialéctico que desnuda la forma verbal del futuro anterior (“habrá sido”). No hallaremos en esa huella la impresión producida por el efecto del padre en la estructura, función que destila el efecto anacrónico de retroacción significativa. (Recordemos al pasar que un nudo, así sea bajo una forma plural como lo es el nudo social, es aquello que permite una estabilidad de los registros RSI).

El deseo de la madre que está allí para dar su trazado no da como resultado un sujeto



deseante sino más bien alguien aferrado a un imperativo de goce (un “sujeto del goce”, según el sintagma utilizado fugazmente por Lacan en el año 66’), al fin y al cabo, un “orden de hierro”. Esto significa que no es alguien que va desplazándose conforme a la ley del deseo, la del Nombre del Padre. Es sabido que aquél que nombra –el padre del nombre–, el que da nombre a las cosas, habita la dimensión metonímica del deseo. A punto tal que es siempre un nombre desplazado, ágil, analizable y por ende, siempre puede ser otra cosa. Su antítesis es esa forma inflexible de nominación que Lacan caracteriza aquí como un “nombrar para” [*nommer á*]. Esto marca un trazado implacable, un destino, un *fatuum*. No es muy extraño ver que hay sujetos que evitan la errancia encauzados hacia lo peor. Aquí el término “degeneración catastrófica” no parece ser un eufemismo sino más bien el signo de lo ineluctable.

Un campo de investigación

Hablamos de destinos ineluctables como una modalidad posclínica dominante en este tiempo. La relación entre lo prohibido y lo permitido no obtiene la mediación del deseo ni la tensión por el dominio de sí mismo sino el abandono. Nadie mejor que Jean Claude Milner ha otorgado las claves para leer esta dinámica libidinal. Tomando las reflexiones aristotélicas en la *Ética nicomáquea*, localiza cómo la proximidad del cuerpo con la causa del placer produce como resultado una mayor intemperancia – *akolasia*, es el término griego utilizado. Esto nos lleva a entender que a menor mediación, ante una mayor accesibilidad, mayor devoración: “...abandonados a sí mismos, los placeres innatos en cada uno no son más que el despliegue de todas las devoraciones.” (Milner, 1997, pp. 20)

El buen uso de los placeres será denominado por los griegos como *enkrateia*, palabra vecina del término *sophrosyne* (que significa templanza, prudencia y dominio de sí). La *enkrateia*, refiere a un tipo de continencia, apunta a alguien que no se deja arrastrar por los placeres a lo cual se opone la *akrasia*, la incontinencia. Aquí se sitúa, como lo desarrolla Foucault, el “eje de lucha”: hay un combate, una tensión y una resistencia. Esta es la dinámica propia de la moral cristiana clásica y de la actitud del hombre ante ese Otro de la ley y la prohibición.

Por otro lado tenemos la templanza, la *sophrosyne*, la cual propone un justo medio,



una moderación. A esta última opuesta, como dije, a la intemperancia (*akolasia*). Es a este término que deseábamos arribar pues se refiere a una decisión deliberada por los malos principios. Decisión insondable, agregaré. Este otro eje –espero ser claro en este punto– abre un campo novedoso de investigación, sobre todo en lo que respecta a los consumos. Logra separarse de la lógica tradicional entre la continencia y la incontinencia (*enkrateia/akrasia*) para abrirse hacia otro binomio: la templanza y la intemperancia (*sophrosyne/akolasia*). Mientras el incontinente puede “curarse y conseguir el dominio de sí” el intemperante “no puede curarse ni arrepentirse” pues goza “con esa mala conducta.” (Foucault, 2003, pp. 63)

Recuerdo el caso de un hombre que concurrió al tratamiento en una institución de urgencias junto a su ex mujer. El consumo de sustancias y las conductas de riesgo lo condujeron desde adolescente hacia una pendiente vital. La mujer que, hasta hacía un tiempo “era una buena compañera”, paradójicamente era el objeto de sus denigraciones, lugar de desecho coincidente con el que su madre le asignaba. “Ella nunca quiso mi bien”, es la sentencia que refleja la dirección indeclinable del deseo materno. Su hermano gemelo, con problemas de adicción y ligado a la delincuencia murió siendo joven. Al relatar ese suceso reconoce que nunca habló de eso dando paso a la frase siguiente: “lo de mi hermano es muy mío”, “drogones” –acentuará. De todos modos, a lo largo del tratamiento logrará un desplazamiento importante, una rectificación –si se quiere– de su posición frente a las mujeres a partir del equívoco ya esbozado “buena compañera”. El “infierno” vivido en su historia –y aún hoy– quedaba matizado, ligeramente regulado, gracias a la presencia de una mujer a su lado. La degradación del objeto amoroso que en el plano especular lo situaba en el mismo lugar respecto del deseo materno (“ella nunca quiso mi bien”) pudo ser separado, a la hora de compartir con otras mujeres quienes por su belleza o su inteligencia introducían –según sus términos– algún tipo de “freno” al infierno, más cerca de la moderación que del dique pulsional.

Si retomamos la perspectiva de Lacan del seminario 21, esta nos provee los elementos teóricos que actualizan la dinámica libidinal explorada por los griegos. El ser *nombrado para*, el nudo social y el orden de hierro impuesto por el deseo materno nos permite las aproximaciones teóricas para entender sujetos que, sin padecer los efectos clínicos de la forclusión, sin embargo sufren una catástrofe vital. Mi impresión es que hay ciertas modalidades de existencia ligadas a los consumos o a ciertas tendencias mortíferas que, pese a evitar la errancia, reproducen en no pocas



ocasiones destinos funestos*.

Recordemos los términos enunciados antes por Lacan: proyecto, camino, trazado, trama. El término extraído por Milner y Foucault del clasismo griego, la intemperancia (*akolasia*), la decisión deliberada por los malos principios, nos orienta hacia esas existencias que se sostienen en una nominación social sin la referencia paterna. Así como en algún tiempo las identificaciones encontraban en las comunidades de goce un modo de continencia, bajo esta otra lógica la nominación instaure un nuevo tipo de sujeto definido no a partir del significante sino del goce. Ante la intemperancia (*akolasia*) la lógica desde donde promover su regulación será no la continencia sino la templanza (*sophrosyne*). Se abre aquí una perspectiva diferente para la intervención analítica: en tanto se trata de existencias orientadas en una trama (rígida), con un nombre de destino, es preciso habilitar la escucha para propiciar una rectificación del nudo social sin que esto implique anular al sujeto. Para que el deseo del analista pueda ser puesto en su cúspide es menester integrar las subjetividades marginales, aquellas desde donde emergieron *las conquistas freudianas sobre el deseo*. (Lacan, 2008, pp. 586)

Referencias

- Borges, J. (1989). *Al hijo*, en *Obra Poética*. Buenos Aires: Emecé.
- Faraoni y Vaschetto. (2020). Lo heterogéneo. *Lapso* (5).
- Foucault, M. (2003). *Historia de la sexualidad 2, El uso de los placeres*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Indart, J. (2019). *Sobre el ideal y el ser nombrado para*. Buenos Aires: UNSAM.
- Miller, J. (2016). *Un Otro que no existe*, en *Un esfuerzo de poesía*. Buenos Aires: Paidós.
- Milner, J. (1997). *Lo triple del placer*. Buenos Aires: Del cifrado.
- Lacan, J. (2016 [1968]). Nota sobre el padre. *Revista Lacaniana*, 11 (20).
- Lacan, J. (2006 [1975-1976]). *El Seminario, libro 23 El Sinthome*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2008 [1958]). *La dirección de la cura y los principios de su poder*, en *Escritos II*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2008 [1960]). *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo*, en *Escritos II*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2008 [1953]). *Variante de la cura tipo*, en *Escritos II*. Buenos Aires: Siglo XXI.

* Algunas conclusiones extraídas de la investigación del cartel: "Sujetos sin inconsciente". Carolina Alcuaz, Lucila Carbón, Josefina Cantero, Andrés Rodríguez Evans; más Uno: Emilio Vaschetto. Años 2017-2018.



- Lacan, J. (1996 [1953]). *El mito individual del neurótico*, en Intervenciones y textos I. Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1993 [1955-1956]). *El Seminario, libro 3 Las Psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1984 [1964-1965]). *El seminario, libro 11 Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1978 [1938]). *La familia*. Buenos Aires: Agronauta.
- Lacan, J. (1974). *Seminario, Les non-dupes errant*. Inédito.
- Laurant y Miller. (2001). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplantine, F. (1999). *Antropología de la enfermedad*. Buenos Aires: Del Sol.
- Le Blanc, G. (2010). *Las enfermedades del hombre normal*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rojeve, A. (2004). *La noción de autoridad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Regnault, F. (1995). *El arte según Lacan y otras conferencias*. Barcelona: Atuel-Eolia.
- Tort, M. (2008). *El fin del dogma paterno*. Buenos Aires: Paidós.